

Fifth Sunday of Lent: Surrender

As we hear in our First Reading from Jeremiah, the covenantal themes that have been running through our scriptural journey this liturgical cycle are coming together and nearing a climax as we prepare to journey with Jesus into Jerusalem and, ultimately, to the Cross and Resurrection during Holy Week. The Lord God reveals the promise of a new and perfect covenant, prepared for and prefigured by the old covenants.

The New Law given by Christ fulfills, refines, and surpasses the laws of the Old Covenant, bringing them to perfection. Rather than providing new external precepts, the New Law is directed at reforming the human heart.

We know from the covenantal tradition that emerged out of the Old Testament that every covenant must be sealed, and the most solemn ones were sealed with a blood sacrifice. In fact, the Hebrew word for covenant, beriyth, means “to cut.” Covenants aren’t simply “entered into,” they are cut.

If Jesus is the fulfillment of the Father’s promises and the covenant by which he will perfect his previous covenants, then what is the sacrifice that seals such a covenant? Namely, the suffering and Death of Christ on the Cross. Jesus makes this abundantly clear in John’s Gospel reading this week, in which the anchoring image is the necessity of wheat falling to the earth to die so that it might multiply into many stalks of wheat.

The implications are clear—Jesus must go to the Cross, die, and be raised again so that we might receive the life of the Kingdom. He is the paschal sacrifice that seals the new and eternal covenant. Jesus’ divine nature and human nature exist together in union. Jesus is the bringer of the covenant, and he is also the icon of its fruit, to become “the firstborn among many brothers” (Rom 8:29). Another way to say this is that what Jesus is by nature (the Son of the Father), he invites us to become through grace (adopted sons and daughters of God)!

This is why Jesus makes this fundamental call through his Church: “repent and be baptized.” (Acts 2:38). If we surrender our lives to Jesus (repent) and enter into his covenant through Baptism, then the life of his Kingdom takes root in us and conforms us to him. Jesus makes that clear in his image of wheat. Close on the heels of that image is an admonition for his followers to embrace the mystery of dying to self: “Whoever serves me must follow me” (Jn 12:26).

We have an opportunity to enter into that dynamic of surrender, of dying and rising, every time we encounter Jesus in the Eucharist at Mass. Let us prepare for it, so that when we say “Amen” before receiving Jesus in the Eucharist, it becomes an intentional act of holy submission—the surrender of our hearts, minds, and entire lives to the one who died so that we might live.

Quinto domingo de Cuaresma: Entrega

Como escuchamos en nuestra primera lectura de Jeremías, los temas de la Alianza que han estado corriendo a través de nuestro viaje bíblico en este ciclo litúrgico se están uniendo y llegando a su clímax mientras nos preparamos para viajar con Jesús a Jerusalén y, en última instancia, a la Cruz y la Resurrección durante la Semana Santa. El Señor Dios revela la promesa de una alianza nueva y perfecta, preparada y prefigurada por las antiguas alianzas.

La Nueva Ley dada por Cristo cumple, refina y supera las leyes de la Antigua Alianza, llevándolas a la perfección. En lugar de proporcionar nuevos preceptos externos, la Nueva Ley está dirigida a reformar el corazón humano. Sabemos por la tradición de la alianza que surgió del Antiguo Testamento que toda alianza debe ser sellada, y las más solemnes fueron selladas con un sacrificio de sangre. De hecho, la palabra hebrea para pacto, beriyth, significa “cortar”. Las alianzas no se “celebran” simplemente, sino que se cortan.

Si Jesús es el cumplimiento de las promesas del Padre y la alianza por la que perfeccionará sus alianzas anteriores, entonces ¿cuál es el sacrificio que sella tal alianza? A saber, el sufrimiento y la Muerte de Cristo en la Cruz. Jesús lo deja muy claro en la lectura del Evangelio de Juan de esta semana, en la que la imagen de anclaje es la necesidad de que el trigo caiga a la tierra para morir y pueda multiplicarse en muchos tallos de trigo.

Las implicaciones son claras: Jesús debe ir a la Cruz, morir y resucitar para que podamos recibir la vida del Reino. Él es el sacrificio pascual que sella la alianza nueva y eterna. La naturaleza divina de Jesús y la naturaleza humana existen juntas en unión. Jesús es el portador de la alianza, y también es el ícono de su fruto, convertirse en “el Primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8, 29). Otra forma de decir esto es que lo que Jesús es por naturaleza (el Hijo del Padre), ¡nos invita a llegar a serlo a través de la gracia (hijos e hijas adoptivos de Dios)!

Por eso Jesús hace este llamado fundamental a través de su Iglesia: “Conviértanse y háganse bautizar” (Hechos 2, 38). Si entregamos nuestras vidas a Jesús (nos arrepentimos) y entramos en su alianza a través del Bautismo, entonces la vida de su Reino se arraiga en nosotros y nos conforma a él. Jesús lo deja claro en su imagen del trigo. Pisar los talones de esa imagen es una advertencia para que sus seguidores abracen el misterio de morir a sí mismos: “El que quiera servirme que me siga” (Jn 12, 26).

Tenemos la oportunidad de entrar en esa dinámica de entrega, de morir y resucitar, cada vez que encontramos a Jesús en la Eucaristía en la Misa. Preparémonos para ello, de modo que cuando digamos “Amén” antes de recibir a Jesús en la Eucaristía, se convierta en un acto intencional de santa sumisión: la entrega de nuestros corazones, mentes y vidas enteras a aquel que murió para que podamos vivir.